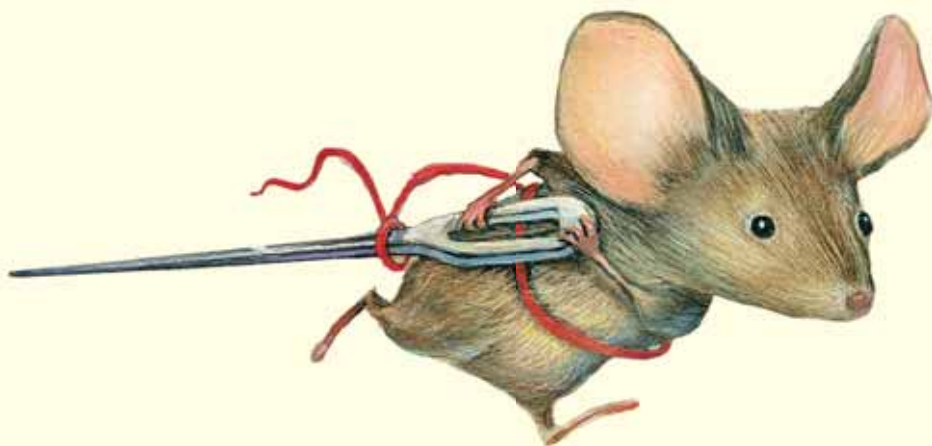


KATE DICAMILLO

El valiente DESPEREAUX

Ilustraciones de
Timothy Basil Ering



DESTINO

KATE DiCAMILLO

El valiente DESPEREAUX

Ilustraciones de
Timothy Basil Ering

Es la historia de un ratón,
de una princesa, algo de sopa
y un carrito de hilo

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.es
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Tale of Despereaux*

© del texto: Kate DiCamillo, 2003

© de las ilustraciones: Timothy Basil Ering, 2003

© de la traducción: Alberto Jiménez Rioja, 2003

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30803-4

Depósito legal: B. 15.936-2025

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Este es el último

Esta historia comienza entre los muros de un castillo, con el nacimiento de un ratón. Un ratón muy pequeño. El último ratón que les nacía a sus padres y el único de su camada que había nacido vivo.

—¿Dónde están mis bebés? —dijo la agotada madre cuando el mal rato hubo terminado—. Enséñame a mis bebés.

El padre ratón levantó bien alto al ratoncito.

—Solo hay uno —dijo—. Los otros han muerto.

—*Mon Dieu*, ¿tan solo un ratoncito?

—Solo uno. ¿Cómo lo llamarás?

—Tanto trabajo para nada —dijo la madre y, suspirando, añadió—: ¡Es tan triste! ¡Es tanta la decepción!

Era una ratona francesa que había llegado al castillo hacía mucho tiempo en el equipaje de un diplomático francés

que estaba de visita. «Decepción» era una de sus palabras favoritas: la utilizaba a menudo.

—¿Cómo lo llamarás? —repitió el padre.

—¿Que cómo lo llamaré? ¿Lo llamaré? Claro que sí, lo llamaré, pero seguramente va a morir como los otros. Oh, qué triste. Qué triste. Oh, qué gran tragedia.

La ratona se llevó un pañuelo a la nariz, lo agitó frente a la cara y se sonó.

—Sí, claro que le daré un nombre. Llamaré Despereaux a este ratón, por toda la tristeza, por la desesperanza de este lugar. Y a ver, ¿dónde está mi espejo?

Su marido le tendió un pequeño trozo triangular de espejo. La ratona madre, que se llamaba Antoinette, miró su reflejo y le dijo a uno de sus hijos con un suspiro:

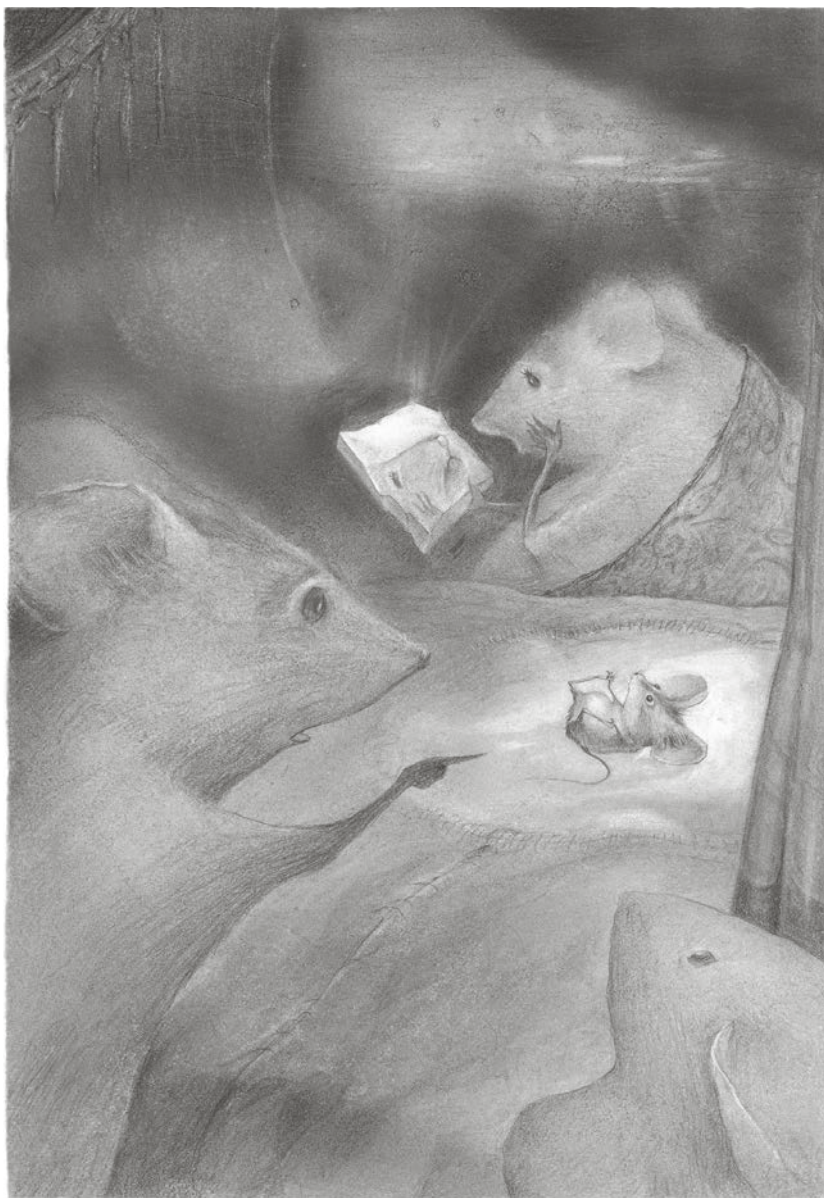
—Tulés, vete a por mi bolsa de maquillaje. Tengo unas ojeras terribles.

Mientras Antoinette se retocaba la pintura de los ojos, el padre colocó a Despereaux en una cama hecha con trocitos de manta. El sol de abril, débil pero decidido, atravesó una ventana del castillo y, buscando un agujerito en el muro, tocó con un dedo dorado al recién nacido.

Sus hermanos mayores se reunieron para contemplar a Despereaux.

—Tiene las orejas demasiado grandes —dijo su hermana Merlota—. Son las orejas más grandes que he visto nunca.

—Mira —dijo su hermano Frano—, tiene los ojos abiertos. Papá, tiene los ojos abiertos, y no debería tenerlos.



Es cierto: los ojos de Despereaux no deberían estar abiertos, pero lo estaban. Miraba el reflejo del sol en el espejo de su madre. La luz se proyectaba sobre el techo en forma de óvalos brillantes y Despereaux sonreía mirándolos.

—Hay algo en él que no encaja, este ratoncito no está bien —dijo el padre—. Dejadlo en paz.

Los hermanos y las hermanas de Despereaux se echaron atrás, separándose del nuevo miembro de la familia.

—Este es el último —proclamó Antoinette desde su lecho—. No tendré más hijos: son una decepción muy grande y le cobran un tributo demasiado duro a mi belleza. Arruinan mis encantos. Este es el último. Ni uno más.

—El último —dijo el padre—. Y pronto habrá muerto. No puede vivir. No puede vivir con los ojos abiertos de ese modo.

Pero, lector, vivió.

Y esta es su historia.

2

Una gran decepción

Despereaux Tilling vivió, pero su existencia provocó muchas especulaciones en la comunidad ratonil.

—Es el ratón más pequeño que nunca he visto —dijo su tía Florencia—. Es ridículo: jamás ningún ratón ha sido tan pequeño. Ni siquiera un Tilling.

Miró a Despereaux entornando los ojos como si pudiera desaparecer por completo y añadió:

—Ningún ratón. Jamás.

Despereaux, con la cola arrollada en torno a sus patas, le devolvió la mirada.

—¡Y esas orejotas que tiene! ¡Caray! —observó su tío Alfredo—. Si alguien quiere saber mi opinión, parecen orejas de burro más que otra cosa.

—Son orejas obscenamente grandes —dijo la tía Florencia.

Despereaux las movió como dos molinillos.

Su tía Florencia jadeó.

—Dicen que nació con los ojos abiertos —susurró el tío Alfredo. Despereaux miró fijamente a su tío.

—Imposible —dijo la tía Florencia—. No hay ratón alguno, no importa cuán pequeño u obscenamente orejudo sea, que haya nacido con los ojos abiertos. Sencillamente, no ocurre.

—Su padre, Lester, dice que no está bien —comentó el tío Alfredo.

Despereaux estornudó, y no dijo nada en su defensa. ¿Qué podía alegar? Todo lo que habían dicho sus tíos era cierto: su tamaño rozaba lo absurdo; sus orejas desmesuradas; había nacido con los ojos abiertos y era enfermizo: tosía y estornudaba tan a menudo que siempre llevaba un pañuelo encima. Sufría fiebres, se desmayaba si oía ruidos fuertes y, lo más alarmante de todo, no mostraba ningún interés por las cosas a las que un ratón debería preocuparse.

No pensaba todo el tiempo en la comida. No intentaba adueñarse de todos los mendrugos que encontraba. Mientras sus hermanos mayores comían, Despereaux se quedaba muy quieto con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Oís ese sonido tan dulce? —preguntó.

—Oigo el ruido de migas de pastel que caen de las bocas de la gente y chocan contra el suelo —dijo su hermano Tulés—. Eso es lo que oigo.

—No... —dijo Despereaux—. Es algo más. Suena como... mmm... miel.

—Podrás tener unas orejotas enormes —respondió Túlés—, pero no están conectadas a tu cerebro. No se puede oír la miel. Tú hueles la miel. Si hay miel que oler, que no es el caso.

—¡Hijo! —gritó el padre de Despereaux—. ¡Espabílate! Baja de las nubes y dedícate a los mendrugos.

—Por favor —dijo su madre—, busca los mendrugos. Cómetelos para que tu mamá sea feliz. Eres un ratón esmirriado; eres una decepción para tu mamá.

—Lo siento —respondió Despereaux. Bajó la cabeza y olfateó el suelo del castillo.

Pero, lector, no estaba olfateando.

Estaba escuchando con sus grandes orejotas el dulce sonido que ningún otro ratón parecía oír.

3

Había una vez

Los hermanos de Despereaux intentaron educarle como debe ser un ratón. Frano lo llevó a dar una vuelta por el castillo para enseñarle el arte de escabullirse.

—Muévete de un lado para otro —explicó Frano deslizándose sobre el encerado suelo del castillo—. Mira hacia atrás por encima del hombro todo el tiempo, primero a la derecha y luego a la izquierda. No te pares por nada.

Pero Despereaux no escuchaba a Frano, sino que contemplaba la luz que se derramaba a través de las vidrieras del castillo. Se paró sobre las patas traseras, sostuvo el pañuelo sobre su corazón y miró más y más arriba a la luz brillante.

—Frano —preguntó—, ¿qué es eso? ¿Qué son todos esos colores? ¿Estamos en el cielo?

—¡Ostras! —gritó Frano desde una esquina a lo lejos—. No te quedes en el centro de la estancia hablando del cielo.

¡Muévete! Eres un ratón, no un hombre. Tienes que escabullirte.

—¿Qué? —respondió Despereaux, que todavía miraba la luz.

Pero Frano se había ido. Frano había desaparecido por un agujero de la moldura como un buen ratón.

Merlota, la hermana de Despereaux, lo llevó a la biblioteca del castillo, donde la luz entraba por altos ventanales y se posaba en el suelo formando brillantes parches amarillos.

—Venga —dijo Merlota—, sígueme, hermanito, y aprenderás lo más importante acerca de cómo roer papel.

Merlota trepó a una silla, y de ahí saltó a un atril sobre el que descansaba un enorme libro abierto.

—Por aquí, hermanito —dijo metiéndose entre las páginas del libro.

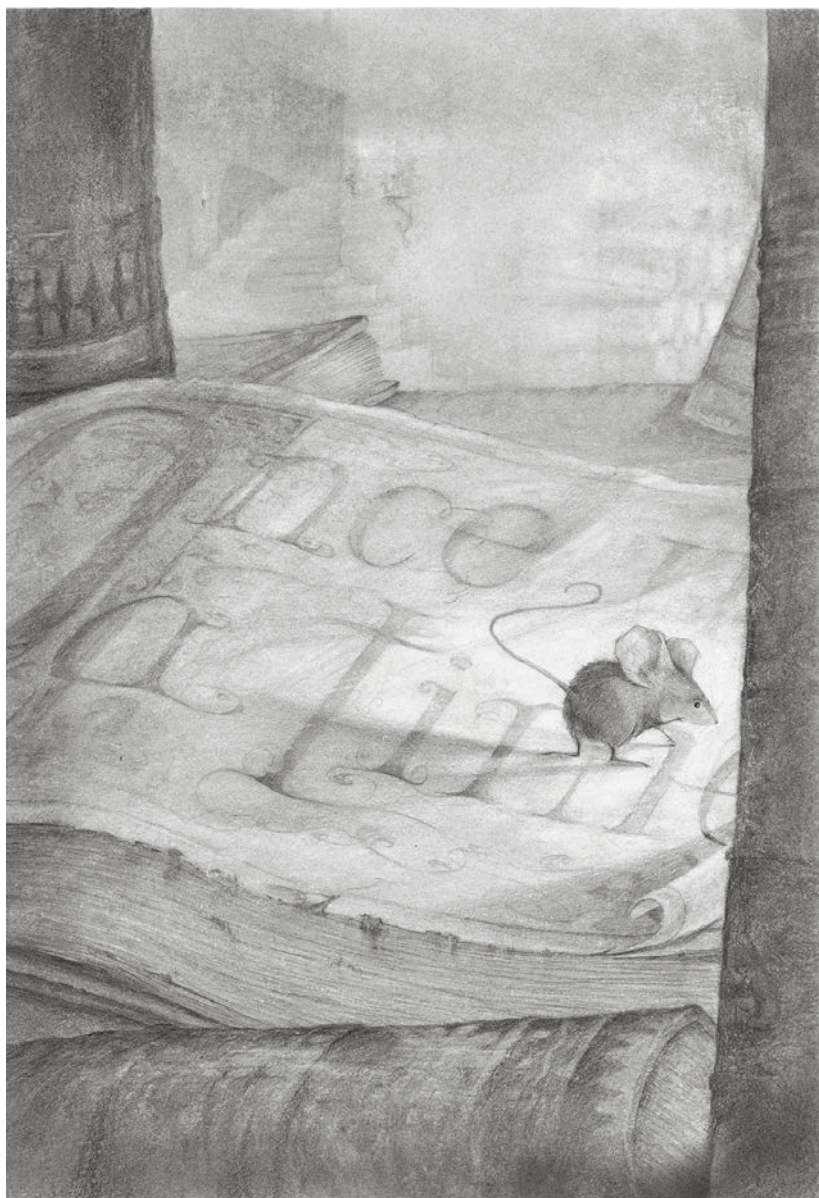
Despereaux la siguió, a la silla, al atril y a las páginas.

—Fíjate bien —dijo Merlota—. Esta cola de aquí es muy sabrosa, y los bordes del papel son crujientes y apetitosos.

Mordisqueó el borde de la hoja y luego miró a Despereaux.

—Inténtalo —dijo—. Primero mordisqueea un poco de cola y luego dale un buen bocado al papel. Y esos garabatos de las hojas son riquísimos.

Despereaux bajó la vista al libro y, de repente, ocurrió algo muy sorprendente: las marcas de las páginas, los «garabatos», como Merlota los había llamado, cobraron forma. Las



formas se dispusieron a su vez en palabras, y las palabras formaron una frase encantadora y maravillosa: «Había una vez».

—Había una vez —susurró Despereaux.

—¿Qué? —dijo Merlota.

—Nada.

—Come —dijo Merlota.

—No puedo, de ninguna manera —respondió Despereaux separándose del libro.

—¿Por qué?

—Hum —respondió Despereaux—. Arruinaría la historia.

—¿La historia? ¿Qué historia? —Merlota lo contempló de hito en hito, con un trocito de papel temblando en el extremo de uno de sus indignados bigotes—. Es justo lo que papá dijo cuando naciste. Algo en ti no está bien.

Se volvió y salió de la biblioteca a toda prisa para contarles a sus padres esta última decepción.

Despereaux esperó hasta que su hermana se hubo marchado; se volvió a la página y tocó las preciosas palabras con una de sus patas. «Había una vez».

Tembló. Estornudó. Se sonó con su pañuelo.

—Había una vez —dijo en voz alta deleitándose con el sonido. Y entonces, siguiendo cada palabra con la pata, leyó la historia de una hermosa princesa y del valiente caballero que la servía y la honraba.

Despereaux no lo sabía, pero muy pronto le haría falta ser arrojado y valiente.

¿He mencionado ya que bajo el castillo se ocultaban las mazmorras?

En las mazmorras había grandes ratas. Ratas grandes y malas. Despereaux estaba destinado a enfrentarse a ellas.

Lector, debes saber que un destino interesante (a veces con ratas, a veces sin ellas) aguarda a casi todos los ratones y a los hombres que no se resignan.